

Víctor Ruiz Iriarte

Tiempos y siluetas

Quijotes del siglo XX

La Historia antigua y moderna está cuajada de figuras cuyo único mérito consistió en creerse ellos mismos que eran dignos de figurar en sus anales. Es el defecto de engrandecer la propia vanidad, que semeja una venda tupida en los ojos de la inteligencia, que cubre fatuamente los méritos de los demás y engrandece los propios a sabiendas de su inferioridad.

Es el orgullo íntimo de sí mismos del que algunos se desprenden. Y que otros, bajo la apariencia de una falsa modestia, elevan, a pesar de que en ocasiones esta falsa modestia no es sino el manto vistoso y de relumbrón que tapa la más desdichada egolatría.

En épocas pasadas, cuando la inconsciencia de las gentes, basada en su clásica incultura, se sentía propicia a aceptar como bueno lo mediano de alguno, era comprensible la elevación a los más altos puestos de un Godoy valido de maniobras oscuras y amparado en aventuras galantes. Encajaba en la sensibilidad de nuestros antepasados el nimbo de audacia y arrogancia del emperador Bonaparte, merced a su ambiente glorioso de conquistador. Era su tiempo y su lugar, que encuadraba en el ambiente como las novelas de Oscar Wilde y Edgar Wallace, tan diferentes entre sí en el espíritu de sus lectores.

Hoy día, en que se asegura que los pueblos adquieren rápidamente su cultura, y que según la vulgar frase de comadreo «Se nace sabiendo», es inadmisibile y absurdo que esos pequeños ídolos tengan arraigo y devoción entre nosotros.

Así es, sin embargo; la explicación al enigma habría que buscarla, no en el orden cultural, sino en la intensidad psicológica del hombre. Es indudable que cada uno de nosotros llevamos dentro un «yo» filósofo y razonable, y una segunda personalidad, un alma inconsciente de niño ingenuo, que se asusta ante las razones y que se siente mágicamente atraído hacia la extravagancia y en busca del extravagante.

Los españoles somos espíritus fácilmente sugestionables por la leyenda y la aureola. Un día nos sentimos preocupados por la última tontería de Bernard Shaw. Otras veces buscamos ávidos en la prensa el relato de la última extravagancia del romántico D'Anunzio; o nos creemos inquietos por la respuesta que Hitler pueda dar a la Sociedad de Naciones.

Pero en ocasiones la excesiva admiración se trueca en envidia hacia aquellos que por sus méritos son merecedores de nuestra admiración. Y he aquí que algunos piensan que no es necesario buscar figuras fuera de nuestras fronteras, cuando en nuestro país tenemos la estupenda enseñanza de nuestro Don Quijote.

Prueba de ello son esos dos discípulos del extravagante caballero de la Mancha, que son don Francisco Maciá y el «sapiéntísimo» don Ramón del Valle-Inclán. El primero es la clásica silueta del hombre amargado que ha luchado por un ideal más o menos congruente, y en el momento de practicarlo, la idea se ha convertido en realidad; y su ambiente denso y viciado como todos los ideales ilógicos puestos en práctica, se ha rebelado contra su defensor y le anonada y le confunde con su sombra amenazadora. Es el caso corriente de propugnador de ideas absurdas que flotan en el éter a placer, como papelillos frágiles sin destino apropiado. Y llega el momento en que él mismo, al comprender su desvarío, duda de su propia personalidad y se arraiga desespe-

rado en brazos de una teatralidad propicia, al aplauso de la galería. Maciá se ha dejado subyugar por esta vanidad.

Lo lamentable es que el ser humano sea tan desconocedor de la responsabilidad de sus propios actos y tribute su aplauso, no al que lo merece, sino al que lo pide. Y al encumbrar estas figuras pasadizas de breve texto en la Historia, no se demuestra sino apego a lo exótico y desconfianza de las propias intuiciones. Así, el «Avi» se considera obligado a lanzar anatemas en las estaciones de ferrocarril, como un domador que obsequia con festín extraordinario a las fieras confiadas a su custodia.

Maciá encontró su popularidad en intentonas separatistas fracasadas, seguidas de sus correspondientes destierros, y don Ramón del Valle-Inclán es el símbolo de un positivo valor engraido. Valle-Inclán no basta a satisfacerle sus éxitos de escritor comparados con sus fracasos de seudopolítico [sic]. No le es suficiente que sus escritos se alaben y sus ediciones se agoten. Es poco para él la aureola que le rodea de literato y poeta. Necesita adornar su personalidad intelectual con su personalidad física. A no dudar, sus méritos literarios –de lo que algunos desconfían– y su prosa atrayente hayan conseguido menos adictos que sus espléndidas barbas de apóstol y sus melenas de bohemio a lo Montparnasse..., y sobre todo: ese magnífico «Don» que se antepone a su nombre en las portadas de sus libros.

A Maciá le valió su estela de martirologio a lo Ghandi (¡sin ayunos, claro está!) el primer lugar en el gobierno de nuestra hermosa Cataluña. A Valle-Inclán, sus excentricidades y su supremacía de pontífice literario, la tentadora dirección de nuestra Academia en Roma. Uno y otro consiguieron en apariencia sus propósitos. Han sentido el halago del triunfo y han gustado ese sabor tan humano de sentirse seres superiores a los demás. Porque sobre todas las vanidades y en los falsos estímulos impera, más que el lógico deseo de dignificarnos, el afán de sentirnos uno entre varios superior a los otros.

Y Maciá y Valle-Inclán, tan diferentes en la forma y tan iguales en apariencia, han conseguido sus aspiraciones. A no ser que como su maestro Don Quijote piensen que no han hecho sino entrar en el mesón de su primera aventura, y que el hostelero, ayudado de las mozas del partido, les ha calzado las espuelas y los ha armado caballeros... para seguir adelante.